El Marcapáginas

## Guillermo Busutil

# La sombra del actor

Confieso que he vivido una vida de película. Admito que he bebido esa vida. La mía, la de otros. Aquellos actores que después de los focos tenían la misma debilidad que cualquier humano. El amor, el sexo, la amistad, el sueño de ser otro en otra ciudad de pantalla grande o en la que una estrella puede hacer lo que le venga en gana. Así podría confesarse al lector Perico Vidal, con un Jack Daniels entre las manos, sentado al lado de Sinatra y su canción o compartiendo la penúltima calada de hierba y humo con Robert Mitchum. Ese fue su auténtico oficio, orgullo y pasión. Oficiar la vida canalla de los grandes actores norteamericanos que recalaban en España, en los días de cartón piedra y campo de los estudios Bronston, para darle rostro a una historia. Unas semanas con su envés de sombra y alcohol, de juerga e impostura, de talento y desenfreno. Perico Vidal, acompañante, conseguidor. Aunque de cara a la cámara profesional fuese el asistente español de David Lean u otros directores que también anduvieron por España y su Costa del Sol. Fueron los años en los que a pesar de la censura, del hambre a medias y la grisura, en España los de arriba y los del cine de afuera gozaban de bula a cambio de dólares y publicidad.

Su vida, su memoria, la de este tipo seductor, listo, generoso, la recopila un periodista al que le atraen los fueras de la ley, los perdedores, los que silban de lado las melodías de la orquesta hollywoodense de Nelson Riddle. *De repente el último verano*, Mr. *Arkadin*, *Lawrence de Arabia*, *El doctor Zhivago*, *La hija de Ryan* cuatro de las más grandes películas del siglo XX en las que Perico Vidal colaboró y de cuya cruz real da cuenta Marcos Ordóñez que lo considera, además de ese asistente de dirección, uno de los mejores que hubo en España, un gran anfitrión y un gran experto en jazz y en soul. Su ático de Madrid fue una cava en alto a la que Christian Marquad nombró como Hotel V. Marcos Ordóñez descubrió a Perico Vidal cuando escribía *Beberse la vida*, la crónica de los años que Ava Gardner pasó en España. Alguien le dijo que debería ir a ver a Perico Vidal, porque él sí que sabía cosas de la diosa que bailaba descalza las madrugadas y de mucha gente más. Tuvo suerte, encontró a Perico Vidal en 2003 –cuando mucha gente creía que ya había muerto o que ya no vivía en España-, y consiguió grabar una gran cantidad de cintas en las que le contaba su vida. Perico Vidal murió en 2010, a los 84 años, y ahora Ordóñez publica aquellas conversaciones entre ambos, con el añadido de un epílogo protagonizado por la hija de Perico, Alana Vidal. Las paces con la hija, las memorias sin resaca ni ajustes, la vida al límite del protagonista nos la explica a medias, con lagunas y leyendas, con épocas muy difíciles después del gran derroche vital en el que se movió la sombra generosa de Orson Welles, de Lionel Hampton, de Elisabeth Taylor, de Heston, de Leo Mankiewicz. Y en las páginas de *Big Time* encontramos un montón de anécdotas evocadoras, desconocidas para la mayoría de los lectores, que giran alrededor de actores de cine, directores, productores, vividores. Perico Vidal, todo un personaje poliédrico que estaba en todas partes pero no solía salir en las fotos convencionales. Lo suyo era la trastienda, el ángulo sepia y efímero en un fotograma del NODO, un fantasma de paso en aquellas primeras revistas del corazón de peluquería.

Marcos Ordóñez nos ofrece un hermoso documental narrativo. La historia de un hombre que amó la vida y en su mano tuvo estrellas fugaces. Puede decirse que fue un vividor más o menos honesto, que supo estar en el sitio justo en el momento oportuno, que nunca hizo mal a nadie y siempre caminó libre por los márgenes de la vida. Un hombre que podría ser el personaje de una buena película sobre un ángel caído que en realidad nunca habitó el cielo. O la de un actor secundario en la vida de los grandes rostros del celuloide.

**MARCOS ORDÓÑEZ**
**Big Time: la gran vida de Perico Vidal**
LIBROS DEL ASTEROIDE, 2009. 18,95 €.